

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS. EL PALCO DE PANCHITO CHACÓN.

Por Federico Villoch.

EN el teatro Albisu, en el segundo piso, a la izquierda del público y anexo al escenario, existió desde la fundación del teatro un palco propiedad de los Condes de Bayona que durante los años del 1885 al 1910, que se derribó dicho teatro para levantar el de "Campamor", se llamó el Palco de Panchito Chacón, por ocuparlo asiduamente el joven heredero de aquel y otros títulos de sus mayores, con un escogido número de sus más íntimos amigos, pertenecientes, por lo general, a la literatura y el periodismo habanero. No pocos se creían, por ver en él con frecuencia a sus principales redactores, que era un palco que generosamente la empresa del teatro le había cedido a **La Habana Elegante**, de Enrique Hernández Miyares; y al **Figaro**, de Manuel S. Pichardo. La muerte reciente de este querido amigo, ocurrida en Madrid, ha traído a la memoria del postalista el recuerdo del "Palco de Panchito Chacón en Albisu". Era el palco de la juventud; así como el que en iguales condiciones (un grillé) poseía el Marqués de Esteban en el Gran Teatro de Tacón, era el palco de la gente seria. Llamémosles así a los descoloridos de aquel entonces.

El palco de Panchito Chacón era de él y de todos sus amigos. Puede asegurarse que por aquel palco desfiló entera la prensa digna de todos los matices de la Habana. A veces llegaba el dueño, y no tenía donde sentarse. A lo que no le daba importancia — siempre que se tratara de amigos de su intimidad — pues, o se volvía para la calle o bajaba a ocupar la primera luneta vacía que encontrara. Siendo un hombre de educación correctísima y de un amplio espíritu democrático, en el fondo de su carácter palpaban extrañas anomalías que según las circunstancias, ora nos lo mostraban apacible; comunicativo y tolerante; ora irascible; cerrado y misantrópico; pero la nota que en él sobresalía siempre era la de la buena crianza; y una simpatía personal tan atrayente que en el acto se conquistaba el aprecio de cuantos le trataban. Del grupo de **El Figaro**, fué de los primeros en desfilarse hacia las eternas sombras...

Le daba a Panchito por hablar,

y más, por escribir a lo arcaico; consecuencia de sus constantes lecturas de los clásicos; y cosa natural en él—como le decíamos en broma—tratándose de un hombre que en cada bolsillo de su traje llevaba un título nobiliario; Marqués de casa Calderón; Conde de Casa Bayona, etc., etc. Era de mediana estatura; muy vivo; de tez trigüeño-pálida; pelo negrísimo. Un verdadero tipo de aquellos que un tiempo llamaban los españoles intransigentes bijirita; lo que era además cierto, pues detestaba con toda su alma el régimen colonial existente.

El palco de Panchito era nuestro punto de cita y de reunión: frecuentemente nos encontrábamos en él Pichardo; Catalá; César Cancio; Madrigal; Pío Gunaud; Pancho Varona Murias y su hermano Julito, empleado éste del Gobierno Civil, a quien distinguía mucho Batista... el gobernante que entonces tumbaba, y daba, los palos; Panchito Coronado, que firmaba César de Madrid; y **Fleur de Chic** (Héctor de Saavedra); Prieto, cronista de sport de **El Figaro**; Hernández Miyares; el "Chato Mora", el gran repórter de **La Lucha**, con sus compañeros Alzamora y Rafael Bárzaga; el que escribe; etc., etc.; y nunca faltaba, y era el primero en ocupar una silla arrimada al antepecho, un espigado señor de apellido Arce, de repintado bigote a la española; y alto empleado del Gobierno, que se dedicaba a flirtear a las artistas, sobre todo, las pertenecientes al coro, en el que se destacaban la "Pola"; Marieta; Roseta; Majia la mejicana; y aquella joven y preciosa mallorquina de diez y ocho años, Lola Vincens, que figuraba a la cabeza; y que en su día constituyó un hogar modelo aquí en la Habana. Todavía el Bataclan no había proclamado su imperio; y el respetable se conformaba con imaginarse aquellas esculturales piernas a través de la malla rosa, en revistas y zarzuelas como "Lucifer"; la "Cruz Blanca"; la "Gran Vía" y otras, que alternaban en los carteles con las obras grandes: "Campanone"; "Catalina"; la "Guerra Santa"; el "Anillo de Hierro"; "La Tempestad"; la

LA ESCUELA CUBANA EN CUBA LIBRE

"Bruja"; el "Juramento", etc., etc., donde se hacían aplaudir con estrépito el bajo Alejandro Castro; el tenor Masanet; los baritonos Villarreal y Fiquer; y las tipleas Paquita Carmona; Soledad Alvarez; la Laval; la Padilla y tantas artistas de renombre que hicieron inolvidables aquellas noches de Alibisu...

Aparte sus relaciones literarias aquí en la ciudad, Panchito Chacón y el postalista eran allá en el campo convecinos y compañeros. Su abuelo, el Marqués de Casa Calderón, poseía en el pueblo de Ceiba Mocha el gran cafetal Santa Teresa que colindaba con una finca que en el propio lugar tenía el padre del postalista; y frecuentemente, en sus visitas a aquellos lugares, ambos se encontraban; llevando a efecto divertidas correrías a caballo. Cuando allá por el año 1893 o 94 Panchito, por muerte de sus padres, asumió la administración de sus cuantiosos bienes, el postalista lo recuerda con los bolsillos atestados de billetes de banco, de vuelta a la Habana y de haber cobrado sus rentas. Se había criado entre paletadas de onzas de oro; no le daba importancia al dinero; y su prodigalidad nativa ¡ay! hacía que todo el que manejara se le escurriera con facilidad de entre las manos. Hubiera podido dejar una fortuna enorme...

En el palco de Panchito Chacón se hacía el resumen de los sucesos del día, que eran escasos y de poca importancia generalmente; así que cuando alguno rebasaba la línea de la corriente, es escusado decir la gran importancia que ad-

quiría: algún ruidoso mitin autonomista o del partido de las reformas de Maura, como aquel que en Cienfuegos acabó a tiros; algún sonado secuestro de Manuel García, el Rey de los Campos de Cuba; algún "chocolate" famoso de la Aduana o de la Hacienda; y un suceso del que se habló mucho en los círculos capitalinos y por lo tanto, en el Palco de Panchito; aquel comentado y malogrado duelo entre el elocuente y joven orador autonomista Miguel Figueroa; y un periodista madrileño que trabajó el general Salamanca como uno de sus secretarios particulares, llamado Fidel Domínguez.

¡Poca bulla que armó este desdichado asunto, en gracia de Dios! El señor Domínguez, después de tirar la piedra, intentó esconder la mano; pero el animoso Figueroa, que la tenía suelta y larga para castigar a los maldicientes, entabló la cuestión personal; y aquí fue el desdecirse Domínguez; el insistir Figueroa; el agriarse los ánimos; el saltar el puntillo criollo; y el po-

nerse a discusión y el entablarse apuestas sobre si se batía o no el secretario del General Salamanca con el líder del entonces pujante partido autonomista.

Una noche, en una de estas discusiones que tenían lugar en el Palco de Panchito Chacón, éste, con la mordacidad que lo caracterizaba, lanzó una frase que nos hizo reír a todos y que circuló después por todas partes.

—Señores—dijo—, el señor Domínguez no se bate, porque eso es contrario a la finalidad de su viaje: él ha venido a Cuba a vivir; y no a que lo maten...

El pandonorso general Salamanca dirimió la cuestión haciendo que Fidel Domínguez renunciase a su secretaría; y que se volviese a Madrid en el acto.

Otro de los secretarios de Salamanca era el también periodista madrileño, redactor de El Liberal de aquella corte, Tesifonte Gallego; todo lo contrario de su excompañero; muy respetuoso y discreto; acogido con beneplácito en todos nuestros círculos sociales; y también, al cabo, concurrente muy apreciado al Palco de Panchito Chacón, con quien contrajo estrecha y sincera amistad. Durante su permanencia en la Habana, hasta la muerte del general Salamanca, fué uno de los nuestros; y publicó varios importantes trabajos en la Habana Elegante y el Figaro.

En tanto, iba la vida caminando. Panchito contrajo matrimonio con la bella y distinguida señorita María Calvo, hija del antiguo y probó contador del Ferrocarril de la Bahía D. Cesáreo Calvo; a su elegante y rumbosa boda en la Iglesia de la Salud asistió el pelotón de los amigos en masa; de este matrimonio nació el niño José María que absorbió todos los cariños y atenciones del padre; el palco ya no se prestaba tan fácilmente a la chacharareria literaria, ni al chismorreo periodístico; vino la guerra; y cuando vinimos a darnos cuenta... ya éramos pocos; y acabamos por ser ninguno, los que acudíamos a aquel confortable y querido rincón que vió deslazarse nuestros primeros años juveniles. Sí; amigos; el Palco de Panchito Chacón—al que el que escribe quiere asignar un punto de honor en esta galería de "Viejas Postales Descoloridas"—fué el Palco de la Juventud; cuando se acabó la Juventud, se acabó el palco...

Mano de la escritura: José Martí
Fecha: 25/13

1.-Este mo...
 2.-Sosten...
 3.-Propu...
 4.-Recor...
 5.-Procl...
 6.-Juzg...
 7.-Redu...

HEREDADO
 PATRIMONIO
 DOCUMENTAL
 OFICINA DEL HISTORIADOR
 DE LA HABANA